

la asociacion, y declaro tambien que yo soy quien dió la señal del combate y quien preparó todos los medios de ejecucion: declaro que tomé parte en él y que me batí contra vuestras tropas; pero si yo cargo con la responsabilidad, plena y entera de todos los hechos generales, debo tambien declinar la responsabilidad de ciertos actos que no he ni aconsejado, ni ordenado, ni aprobado: quiero hablar de los actos de crueldad que la moral reprueba, y entre estos actos cito la muerte dada al lugar-teniente Drouineau, que la acta de acusacion señala haber sido cometida por mí con premeditacion.

“No es por vosotros por quienes digo esto, pues no estais dispuestos á creerme porque sois mis enemigos, sino lo digo para que mi pais lo entienda así. Es un acto ese del que no soy ni capaz ni culpable. Si yo hubiera matado á ese militar, lo habria hecho en un combate á armas iguales, tanto mas, cuanto esto pudo hacerse en el combate de la calle. Yo no he asesinado y la acusacion que se hace contra mí es una calumnia con la que se quiere manchar el honor de un soldado de la causa del pueblo. Yo no he muerto al lugar-teniente Drouineau. He ahí todo lo que tenia que decir.”

Hecha que fué esta declaracion, Barbès se volvió á sentar, y rehusó responder á las otras preguntas; sin embargo, instigado por el presidente, dijo, sin levantarse:

—“Cuando el Indio es vencido, cuando los azares de la guerra lo han hecho caer en manos de su enemigo, no piensa en defenderse, no recurre á vanas palabras, y da su cabeza á la cuchilla.”

—“Sí, dijo M. Pasquier, y el acusado tiene razon en compararse á un salvage, y al mas despiadado de los salvages.”

—“El salvage despiadado, dijo Barbès, no es el que da su cabeza al escarpelo, es el que corta.”

Con semejante género de defensa, no habia la menor duda en que Barbès fuese condenado.

Lo fué.

El 12 de Julio de 1839 la corte de los pares pronunció su sentencia.

Bonnet, Lesdazzie, Dugas y Grégoire, fueron puestos en libertad;

Pero Barbès fué condenado á la pena de muerte;

Martin Bernard, á la de deportacion;

Mialon, á trabajos forzados á perpetuidad;

Delsade y Austen, á quince años de detencion;

Martin y Longuet, á cinco años de prision;

Marescal, á tres años de prision;

Walsh y Pierné, á dos años de prision;

Seis meses despues, vino la segunda categoría.

Esta condenacion á muerte de Barbès, produjo en Paris una profunda sensacion. Tres mil estudiantes sin armas, en silencio y con la cabeza descubierta, vinieron á pedir al guarda de los sellos la abolicion de la pena de muerte en materia política, y la conmutacion de la pena de Barbès.

Una segunda columna compuesta de jóvenes y obreros, se dirigió al Palacio-Borbon; pero esta fué menos feliz: habiendo llegado al Puente de Luis XV, una carga de caballería la dispersó.

El rey concedió gracia á Barbès: el duque de Orleans, la princesa Clementina, Hugo y yo la solicitamos.

He aquí la súplica de Hugo. Deberá convenirse en que jamas fné pedida gracia de un modo mas raro y con versos mas hermosos y patéticos:

Por aquel ángel que voló hácia el cielo
Cual inocente y cándida paloma,
Por ese tierno tan amado hijo
Frágil boton de purpurina rosa,
Gracia, Señor, en nombre de la tumba,
Gracia, Señor, hasta el verdugo implora.

Una gran cuestion vino entretanto á atraer las miradas de la Francia hácia el Oriente.

Se trataba de la Siria, la que Mahmoud queria volver á tomar y á quien Mehemet-Ali no queria dar.

Mehemet-Ali, el soldado lacedemonio, habiendo llegado á ser virey proclamó su independendencia, é invadió, como se sabe, la Siria.

De esta manera el imperio turco se iba destrozando jiron por jiron.

Mehemet-Ali, como acabamos de decir, no solamente se habia proclamado independiente, sino que habia por medio de Ibrahim, su hijo querido, ó tal vez simplemente el hijo de su querida, porque el nacimiento de Ibrahim, como el de cierto príncipe de los cuentos árabes, es misterioso, por medio de su hijo, digo, habia derrotado á los generales del sultan, en Moms, Beglan y Koniah.

El bajá de Tunez amenazaba hacer otro tanto, y hablaba de no enviar ya su tributo á la Puerta y como para prepararse á cualquier suceso, estaba organizando su ejército á la francesa.

La Servia, por su lado, se habia insurreccionado y habia alcanzado victoria.

La Moldavia y la Valaquia cambiaban entonces de Czar.

La batalla de Navarino habia arrebatado la Grecia á Mahmoud.

Despues, en 1830, ya ocupábamos á Alger.

El imperio turco no era, pues, mas que una fachada sin profundidad y al través de cuyas brechas, desde Dardanelos se veia á los rusos, y de Odesa á los egipcios.

Mahmoud disputaba, no hallando ya como avenírselas entre los rusos que le protegian é Ibrahim-Pacha que le atacaba.

Luego, como los emperadores de la antigua Roma á quienes su omnipotencia volvia locos, el sultan fué atacado de vértigos y perseguido por presagios y predicciones.

Y á la verdad habia por qué volverse loco; colocado como estaba entre un pasado deplorable, y un porvenir mas deplorable aun, y sin tener ya en su manol as llaves de su ciudad imperial entregada á la Rusia por el tratado de Unkiar-Skelessi.

He aquí materia para los vértigos.

Hemos tambien hablado de presagios.

Eran terribles.

Un dia al pasar por un puente nuevo que acababa de mandar construir en Galata, un dervis llamado el Cherix de los largos cabellos, y que tenia gran fama de santidad, se precipitó á él, y tomando su caballo por las riendas, gritó:

“Detente, sultan Giaour.”

Algun tiempo despues, es decir, por el mes de Enero de 1839, el fuego hizo presa justamente del lugar en donde se tenian las deliberaciones del Divan; este lugar, llamado la Puerta, era mirado casi como sagrado, y el espanto que habia inspirado aquel accidente, se doblaba con esto y era como cierto el mal augurio: el retrato de Mahmoud habia sido presa de las llamas.

En fin, los sucesos se aglomeraron á corroborar la creencia del sultan, con el hecho de haber conducido á Ibrahim al pié del Tauro.

Y ahora ¿abandonarémós á nuestro viejo aliado Mehemet-Ali, al hombre que ha cosechado la semilla de la civilizacion que hemos sembrado nosotros á orillas del Nilo en la campaña de Egipto, para ocuparnos de Mahmoud, el nuevo aliado de la Rusia? ¿renunciarémós á nuestra influencia en el Egipto para dejar á la Inglaterra que tome nuestro lugar en Alejandría, en el Cairo y Suez?

No ciertamente, segun todas las leyes, no tan solo de la dignidad sino del interés; porque poseores de Alger, protectores de Tunez, aliados de Mehemet-Ali, patronos de la Siria, acreedores de Othon, tio del rey de Nápoles, ban-

queros de España en plata y en hombres, nuestro interés, verdaderamente político, verdaderamente real, está en que ningun poder contrabalancee el nuestro en el Mediterráneo; y que la mar interior sea, según la espresion de Napoleon, un lago francés.

Este era el parecer del duque de Orleans, y esta fué la segunda lucha política seria que tuvo que sostener contra su padre.

Sin embargo, la política europea, flotaba todavía indecisa, y de los dos enemigos colocados uno al frente de otro, habian declarado los soberanos que el primer agresor seria tenido para ellos como el culpable.

Mehemet-Ali y Mahmoud habian aceptado esta decision, y esperaban que el emperador de Rusia, la reina de Inglaterra y el rey de Prusia decidieran de la suerte.

Entonces fué cuando lord Ponsomby, prometiendo al Sultan el apoyo de la Inglaterra, se determinó á romper la tregua.

El 28 de Abril de 1839 la vanguardia turca pasaba el Eufrates, casi á treinta leguas de Alep.

El almirante Roussin, que habia respondido al gobierno francés que la tregua no seria rota por Mahmoud, supo de repente que la vanguardia del general turco habia ya adelantado hasta Nezil, y que catorce pueblos habian sido ocupados en el distrito de Anitat. Al instante mismo pidió una esplicacion al ministro y al capitán bajá, y como diesen muestras de negársela, les enseñó el despacho oficial que acababa de recibir, y escribió directamente á la Francia.

Mehemet-Ali, por su parte, habia estado dispuesto á esta infraccion de las condiciones ya dichas, y como nada deseaba tanto como este rompimiento;

¡Gloria á Dios! exclamó, á Dios que permite á su viejo servidor el terminar sus trabajos por medio de las armas.

Inmediatamente envió á Ibrahim la orden de quitar á los cuerpos avanzados turcos de los puestos que ocupaban, que

marchase directamente sobre el ejército y diese la batalla. En el caso en que Ibrahim alcanzase victoria, no habia de hacer mas que acampar entre los muertos y continuar su marcha sobre Malatia, Carpout, Orfa y Diarbexir.

Esta batalla que mandó dar Mehemet-Ali á su hijo, es la batalla de Nezib, y en ella hubo tres bajás muertos y tomados ciento cuatro piezas de artillería, veinte mil fusiles y nueve mil prisioneros.

La víspera de ella el general Selves, nuestro valiente compatriota, habia dicho á los soldados de Ibrahim, á quienes tenia formados:

—Hasta mañana, bajo la tienda de Hafitz.

Y Hafitz, el vencedor de los albaneses, el vencedor de los kurues, el fiel creyente, delante de quien debia palidecer la estrella del rebelde Mehemet-Ali, Hafitz habia dejado su tienda, y tan de prisa, que habia olvidado en ella su nirham de diamantes.

Seis dias despues, habiendo espirado Mahmoud en el kiosko Jehamlidja é Ibraim-Bajá quitado su tienda para atravesar el Tauro, se presentó un ayudante de campo del mariscal Sault, presidente del consejo, al vencedor, con una carta de Mehemet-Ali.

Esta carta prohibia á su hijo el atacar, si todavía no lo habia hecho, y le mandaba adelantarse si habia vencido.

En cambio de esta condescendencia á los deseos del cónclave europeo, la Francia prometia al bajá su poderosa mediacion.

El dia de la batalla, la cámara de diputados habia oido una manifestacion de M. Jouffraid, pidiendo fuese aprobada una suma de diez millones para el ministerio, la que seria consagrada al aumento de nuestras fuerzas en el Levante.

Los diez millones fueron concedidos.

Viendo esto el rey, volvió á su dotacion para el duque de Nemours.

Mas ya hoy, no era el dominio de Rambouillet, no eran

los bosques de Senonches, de Château-Neuf y de Montereau, no eran, en fin, cuarenta millones de un golpe lo que pedia el rey, era tan solo un pobre medio millon de renta anual, y otros quinientos mil francos, dados por una sola vez, para cubrir los gastos del casamiento de su hijo con la princesa Victoria de Saxe-Cobourg.

Sin embargo, á pesar de la modicidad de la pretension, la cámara se enfadó de nuevo, M. de Cormenin volvió á tomar su pluma y doscientas veintiseis bolas negras dieron á conocer al rey que era necesario renunciar á hacer dotar al duque de Nemours por la nacion.

El ministerio cayó repentinamente.

Se tuvo un momento de esperanza: otro ministerio que no fuese del mismo parecer del rey, haria volver á elevar, tal vez, nuestro nombre en Oriente, se aprovecharia de la muerte de Mahmoud, de la defeccion de su flota y de la victoria de Ibrahim; otro ministerio aceptaria quizá la propuesta hecha por lord Palmerston de reunir la flota inglesa á la flota francesa, de forzar el estrecho de Dardanelos y de ir hácia los rusos hasta Cuerno de Oro. Se saludó, pues, con un grito de gozo la repulsa de la dotacion y el anuncio oficial de que M. Thiers habia sido mandado llamar al castillo.

En efecto, M. Thiers habia llegado á ser el hombre necesario.

Era, pues, preciso pasar por lo que él quisiera, y dejarle hacer un ministerio á su modo.

Este ministerio descontentó á todo el mundo comenzando por el rey.

El centro izquierdo que acababa de rechazar la dotacion y que habia dejado escapar este impertinente apóstrofe:

—“Es una cuestion de alta mendicidad,” el centro izquierdo, repito, victorioso, no era en él representado mas que por M. Pelet (de la Lozère) y M. Vivien, de lo cual estaba descontento el centro izquierdo.

Los doctrinarios representados tan solo por M. de Remusat y M. Jaubert, estaban tambien descontentos.

En fin, los demócratas puros que tenian que echar en cara á M. Thiers las leyes de Setiembre, el privilegio electoral, el monopolio y la exclusion, los demócratas que veian en los tres años de oposicion de M. Thiers la espresion del rencor mejor que la de la vuelta á sus opiniones populares, los demócratas, decimos, estaban, y todavía con mas justo título, mas descontentos que el centro izquierdo y los doctrinarios.

Se notaban, ademas, entre los descontentos, los que tenian simpatías por el bajá de Egipto y en Francia, el número de estos era bastante crecido, y se conocia por otra parte que se habia tenido mucha razon al llamar al ministerio de marina al almirante Roussin, embajador nuestro en Constantinopla; es decir, al hombre que habia dado mayor número de pruebas de hostilidad contra Mehemet-Ali.

En cuanto á M. Guizot permanecia todavía de embajador en Lóndres.

Lo que habia que notar en la posicion de M. Guizot, era el que habia conquistado, como por lo regular se conquista, su lugar en la Academia, por medio de caidas.

Así es que en vez de venir á decir como el cardenal de Richelieu á los embajadores de todo el mundo: “Señores, la política ha cambiado,” M. Thiers se contentó con decirles: “Señores, la política es siempre la misma.”

Así, despues de haber resbalado desde el dia siguiente á su entrada al poder, de tal manera, que todos creyeron que iba á caer; M. Thiers que no habia vuelto á levantarse mas que para dejarse caer por entre las cuestiones secundarias de la ley sobre la convencion de rentas, adoptada por la cámara de diputados y rechazada por la de los pares, sobre la cuestion de azúcares, sobre la ley á causa de las salinas del Este y sobre la ley de la navegacion interior, M. Thiers sintió al momento en que su popularidad zozobraba, que

era necesario buscar un apoyo que estuviese fuera, no tan solamente de la situacion y los sucesos, sino fuera de la época.

Pensado así, inmediatamente en la sesion de 21 de Mayo, en vez de la discusion sobre azúcares, M. de Remusat, subiendo á la tribuna y sin que nadie hubiese hecho presentir la comunicacion que iba á hacer, pronunció las palabras siguientes:

“Señores,

“El rey ha ordenado á S. A. R. monseñor, el príncipe de Joinville, el trasportarse con su fragata á la isla de Santa Elena, para recoger los restos mortales del emperador Napoleon.

“Nosotros venimos á pedirlos los medios de recibirlos dignamente en el suelo de Francia.

“El gobierno, celoso de cumplir con un deber nacional, se ha dirigido á la Inglaterra, y le ha pedido el precioso depósito que la fortuna volvió á poner entre sus manos.

“El pensamiento de la Francia apenas ha sido espresado, cuando ha sido acogido, y he aquí la respuesta de nuestra magnánima aliada:

“El gobierno de S. M. B. espera que la prontitud de su respuesta será considerada en Francia como una prueba de su deseo de borrar hasta el último rastro de las animosidades nacionales que durante la vida del emperador, armaron una contra otra á la Francia y á la Inglaterra.

“El gobierno de S. M. B. se lisonjea en creer que si semejantes sentimientos existen aun en alguna de las dos partes, serán sepultados en la tumba en que los restos de Napoleon quieren ser depositados.”

Despues de haberse aquí detenido un poco para ver el efecto que produciria en la Francia estupefacta la generosa respuesta de la Inglaterra, M. de Remusat continuó:

“La Inglaterra, señores, tiene razon; esta noble restitucion estrecha mas y mas los lazos que nos unen. Ella acaba de hacer desaparecer las huellas dolorosas del pasado, y llegó ya el tiempo en que las dos naciones no deben acordarse mas que de su gloria.

“La fragata cargada de los restos mortales de Napoleon, se presentará de vuelta á la embocadura del Sena; otro buque conductor las traerá hasta Paris. Serán depositadas en los Inválidos, y una solemne ceremonia, una gran pompa religiosa y militar, inaugurarán el tálamo en que deben reposar para siempre.

“Importa, señores, á la majestad de tal recuerdo, que esta sepultura augusta no quede espuesta en una plaza pública y en medio de una multitud tumultuosa y distraida: es preciso que sea colocada en un lugar silencioso y sagrado, y en el que puedan visitarla con recogimiento todos los que respeten la gloria y el genio, la grandeza, y el infortunio.

“Él fué emperador y rey, *el fué soberano legítimo* de nuestro pais, y con este solo título podia ser enterrado en San Dionisio; mas no basta para Napoleon la sepultura ordinaria de los reyes, es necesario que reine y mande aun en el recinto en que quieren reposar los soldados de la patria, y al que irán siempre á recibir inspiraciones los que serán llamados á defenderla. Su espada será depositada sobre su tumba.

“El arte elevará bajo la cúpula, en medio del templo consagrado por la religion al Dios de los ejércitos, un féretro digno, si puede serlo, del nombre que debe estar en él grabado.

“Este monumento debe ser de una sencilla belleza, de grandes formas y de ese aspecto de solidez inalterable que parece desafiar la accion del tiempo. Era necesario á Napoleon un monumento tan duradero como su memoria.”

“El crédito que acabamos de pedir á las cámaras, tiene